

Los errores que llevaron a la derrota nazi en Stalingrado

A partir de la correspondencia de oficiales y soldados alemanes, **Jonathan Trigg** desmiente el mito de la superioridad de la URSS e incide en los fallos del Reich

por **BORJA MARTÍNEZ**

En 1942, el Ejército alemán diseñó una ambiciosa campaña para hacerse con las reservas de petróleo soviéticas en el Cáucaso. Desde la sala de mapas el plan resultaba doblemente oportuno: permitiría alimentar la maquinaria bélica nazi en un momento decisivo de la Segunda Guerra Mundial y desactivar a su enemigo oriental.

El año anterior, el Reich había fracasado en su tentativa de invasión de la URSS, la denominada *Operación Barbarroja*. Pero Hitler estaba convencido de haber puesto al límite la capacidad de resistencia soviética. Con el regreso del buen tiempo planificó la *Operación Azul*, un ataque a gran escala de su Grupo de Ejércitos Sur, confiando en que sería el aldabonazo que precipitaría el desmoronamiento bolchevique.

En la cabeza del *Führer* la maniobra parecía clara. Al ver en peligro los campos petrolíferos de Bakú, Moscú mandaría todas las divisiones disponibles para defenderlos. El Ejército Rojo caería en la trampa de las sucesivas batallas de embolsamiento. Las fuerzas del Eje alcanzarían sus objetivos, dejando sin combustible a los soviéticos y condenándolos a la inmovilidad y la derrota.

La historia ha demostrado que,

a su manera siniestra, Hitler fue un campeón de lo que los anglosajones llaman *wishful thinking* o pensamiento ilusorio, y que con frecuencia tomó decisiones –grandes, megalómanas, criminales decisiones– amparándose más en el deseo que en la realidad. La *Operación Azul* fue una de ellas. Ni el Ejército alemán tenía una estrategia sólida para alcanzar sus objetivos en el Este ni Stalin estaba dispuesto a rendirse.

El cazador cazado. Los soviéticos habían aprendido la lección del verano anterior. No sólo no cayeron en la trampa del enemigo, sino que el cazador resultó cazado. Consiguieron que los alemanes se enredaran en una sangrienta batalla de desgaste por una plaza que ni siquiera era un objetivo inicial de su campaña. Y al mismo tiempo, sellaban su fracaso en Stalingrado, freno de la *Operación Azul*.

El poderoso Sexto Ejército alemán, auxiliado por sus aliados rumanos, italianos y húngaros, había querido aplicar el rodillo de su potencia de fuego contra Stalingrado, pero no había hecho más que preparar el terreno para su aniquilación. La resistencia era tenaz. Tras tres meses de lucha brutal e infructuosa, de asedio y de lucha casa por casa –rui-



na por ruina– en una ciudad destruida, en noviembre de 1942 la contraofensiva soviética embolsó a las tropas alemanas, comandadas por Friedrich Paulus, un hombre de Estado Mayor sin experiencia de campaña.

Hitler exigió a sus hombres que resistieran a toda costa. Para ello, se organizó un precario puente aéreo que apenas fue capaz de proporcionar un tercio del material necesario. Cuando el 31 de enero de 1943 los soviéticos tocaron a la puerta del cuartel general del abúlico Paulus, no sólo se decretó el final de una de las batallas más sangrientas de la II Guerra Mundial, que costó la vida a más de dos millones de soldados y civiles de ambos bandos. La derrota acabó con las expec-

FRIEDRICH PAULUS Y LOS MIEMBROS DE SU ESTADO MAYOR EN EL MOMENTO DE RENDIRSE A LOS ALTOS MANDOS SOVIÉTICOS.

IMÁGENES: GERMAN FEDERAL ARCHIVES



tativas territoriales alemanas en la región y marcó un punto de inflexión en el curso del conflicto.

Desde hace 80 años Stalingrado ha generado una enorme cantidad de literatura. En todos los sentidos: mito, ficción, propaganda circunstancial consolidada durante décadas por los intereses de la posguerra; y también una abundante producción historiográfica. Ahí está la imponente obra homónima de Antony Beevor, publicada en 1999, para la que contó por primera vez con acceso a los archivos soviéticos. O la tetralogía del historiador militar David M. Glantz que tomo a tomo está publicando desde 2017 *Desperta Ferro*. Ahora, *Pasado&Presente* trae el reciente estudio de Jonathan Trigg, autor

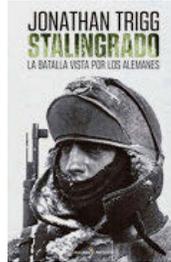
perteneciente a la larga y enviable lista de oficiales británicos devenidos en historiadores, y que asumen la destreza narrativa y el rigor historiográfico propios de la tradición académica de su país como virtudes no sólo compatibles sino vinculantes.

Un enfoque nuevo. Documentándose para un libro previo sobre la *Operación Barbarroja*, Trigg accedió al acervo de cartas de soldados alemanes que conserva la colección de correspondencia de guerra del Museo de la Comunicación de Berlín. En esta obra persevera en el punto de vista alemán para ofrecer un enfoque nuevo que le permite cuestionar, por ejemplo, la superioridad soviética en el combate urbano, un mito que sirvió entonces a los intereses de ambos bandos.

Pero los testimonios de soldados y oficiales alemanes confirman ante todo las flaquezas estructurales de la operación y de su principal ariete, el poderoso Sexto Ejército, así como las deficiencias de la dirección general de la guerra desde Berlín.

Cuando en septiembre la *Operación Azul* encalló en Stalingrado, la visión de Hitler había entrado en conflicto con buena parte del alto mando de la Wehrmacht. Poco después, el dictador alemán apartó al jefe del Estado Mayor del Ejército, Franz Halder, que ya el año anterior, tras el fracaso de *Barbarroja*, había advertido de la inexpugnabilidad del frente.

Como señala Trigg, la única forma de guerra que entendía Hitler se basaba en la acción rápida, en la *Blitzkrieg* que había podido desplegar en el frente occidental, y en cualquier caso en la «victoria final» inminente, esa *Endsieg* que acabaría imponiéndose a los reveses circunstanciales a base de superioridad técnica



JONATHAN TRIGG
STALINGRADO
Traducción de
Marc Figueras y
María Pitarque.
Pasado&Presente.
346 páginas. 31 €

SOLDADO
ALEMÁN EN LAS
BARRICADAS
DE LA CIUDAD
RUSA.

ca y por supuesto racial. Desde 1939, todos los países agredidos por Alemania se habían rendido de un modo u otro. Excepto Gran Bretaña, que en la primavera de ese mismo 1942 había comenzado a bombardear ciudades alemanas. Cuando Londres resistió, «Hitler no supo cómo responder, y tampoco supo hacerlo frente a la Unión Soviética», afirma Trigg.

El empeño de ganar en Stalingrado de Hitler y Goering transformó «la derrota en catástrofe». Los alemanes nunca se recuperaron. Las pérdidas materiales fueron tan grandes que el esfuer-



SOLDADOS
DE LA
WEHRMACHT
TIRANDO DE
UN COCHE
EMBARRADO.

zo bélico general quedó paralizado. La desafección prendió en la nomenclatura nazi y el impacto en la sociedad alemana fue enorme. Pocas familias quedaron al margen de la tragedia. Durante aquellas semanas murieron 160.000 hombres del Sexto Ejército. Después, otros 90.000 marcharon a un penoso cautiverio del que apenas 5.000 fueron repatriados en 1955. **L**